

Pablo VI decidió entonces hacer público el asunto. Y lo hizo el 11 de febrero, con ocasión de un discurso pronunciado en la plaza de San Pedro, de Roma. El problema del divorcio iba a convertirse así en el centro de la crisis política italiana. Era, en efecto, imposible constituir un gobierno que se contentase con observar una estricta neutralidad durante los debates parlamentarios (la ley, adoptada ya por la Cámara

vas elecciones, así como con la habilidad de Fanfani. Después de una serie de deliberaciones más o menos penosas, el P.S.I (Partido Socialista de Izquierda) y el P.S.U. (Partido Social-Demócrata) terminaron cediendo.

Fanfani, sin embargo, no se consideró satisfecho con este primer éxito. Aprovechando la lección de las crisis precedentes, quiso obligar a los secretarios generales de

toda la prensa moderada como el hombre que ha osado arrostrar la «partitocracia» y enfrentar a la clase política con sus responsabilidades. En caso de disolución de las Cámaras, Fanfani será el catalizador natural de todos los que desean un «régimen de orden y autoridad».

LA DISOLUCION

Pero, ¿se llegará por fin a la disolución de las Cámaras? Por ahora se trata de evitarlo por todos los medios. El presidente Saragat ha confiado una nueva misión a Mariano Rumor. Si éste tiene otro fracaso, habrá que recurrir inevitablemente a las elecciones. Esta eventualidad inquieta particularmente a los socialistas, que tendrían que pagar caro el precio de sus eternas dudas. Pero el ala izquierda de la democracia cristiana y el partido comunista ven también con malos ojos tal eventualidad. La composición del actual parlamento (en el que, a diferencia de lo que ocurre en otros países europeos, no existe coalición homogénea alguna) ha permitido, en efecto, la formación de mayorías favorables al voto de importantes leyes sociales. Así es como el movimiento obrero ha conseguido, después de una serie de huelgas, imponer una notable legislación sobre las jubilaciones, el principio de la supresión de las zonas de salarios y la apertura de un debate sobre el problema de la vivienda.

Ello explica también el que todo un sector de la burguesía abogase por su disolución. Pero los grandes empresarios y los tecnócratas de Estado siguen mostrándose muy reticentes.

«La situación de Italia —han observado los expertos económicos— nos nos permite ya el lujo de una grave crisis». Durante los ocho primeros meses del año 1969, la producción italiana fue superior en un 8 por ciento a la de los meses correspondientes de 1968. Durante los cuatro últimos meses (el llamado «cálido otoño»), ha sido inferior en un 6 por ciento. No es momento

para comprometer al país en una batalla electoral cuyo resultado, por lo demás, quizá no sea tan claro como se lo imagina la derecha.

El Vaticano, por otro lado, una vez satisfecha su principal reivindicación, juega también en el sentido de una solución positiva de la crisis. Y es que ve con inquietud la evolución que se está produciendo en los medios populares cristianos. La poderosa organización de los obreros católicos (A.C.L.I.) se separó, en junio último, de la democracia cristiana, y su antiguo secretario general, Livio Labor, creó una asociación política (la A.C.P.O.L.) que, con ayuda de hombres como Lelio Basso (P.S.I.U.P.) y Riccardo Lombardi (P.S.I.), se colocó inmediatamente dentro del sector socialista. El episcopado reaccionó pidiendo al A.C.L.I. que continuase respetando, si no sus antiguos compromisos políticos, por lo menos su vocación confesional. Pero las advertencias no impidieron el libre desarrollo de un movimiento originado en la extraordinaria fermentación social que agita a toda Italia.

En la mayoría de los partidos se están produciendo una serie de movimientos internos: dentro de la democracia cristiana, el ala izquierda, animada por Donat Cattin, tiende a aproximarse al A.C.P.O.L. de Labor; en el P.S.I., los amigos de Riccardo Lombardi se oponen con mayor vigor cada vez a la reconducción de la política de centro-izquierda: en el P.S.I.U.P. (Partido Socialista Revolucionario), Lelio Basso, Vittorio Foa y los miembros jóvenes se rebelan contra la actitud demasiado prosoviética de la dirección; finalmente, en el partido comunista, la exclusión del grupo del «Manifiesto» no ha puesto fin al enfrentamiento entre la derecha y la izquierda.

En espera de que se produzcan todos estos cambios, a los partidos no les queda más remedio que seguir representando esta sorprendente *commedia dell'arte* que empieza a cansar a todo el mundo. Hasta a los de fuera. ■ GILLES MARTINET.



de diputados, iba a ser sometida a discusión en el Senado). Había que llegar a una solución. Pero, ¿cuál?

DEBATES «A RITMO LENTO»

Aldo Moro, demócrata-cristiano, a quien el presidente de la República había confiado la formación de un nuevo gobierno tras el fracaso de Rumor, sugirió una fórmula de compromiso: se negociaría con el Vaticano, pero no por ello se suspendería el procedimiento parlamentario.

Al término de estas dos gestiones simultáneas, el pueblo italiano podría pronunciarse sobre el asunto mediante referéndum. Esta fórmula intermedia recibió el apoyo de cierto número de cardenales, aun cuando tres jesuitas, profesores de la universidad gregoriana, los padres Diez Alegría, Emile Pin y Paolo Tufari, declararon que las resoluciones del Concilio sobre el principio de libertad religiosa se oponían a que la Iglesia pidiese del Estado la prohibición del divorcio.

Estas propuestas y críticas fueron mal acogidas por el Papa, quien mantuvo con firmeza su postura. Aldo Moro se retiró, y su rival en el seno de su propio partido, Amintore Fanfani, a quien todos los indicios señalan como nuevo presidente, se apresuró a acceder al deseo de Pablo VI: «Es necesario —declaró— entrar en negociaciones con el Vaticano, y, en espera de sus resultados, no suspender, sino retrasar, el desarrollo de los debates ante el Senado».

La mayoría de los observadores creyeron entonces que la crisis no tendría solución. Nunca, se pensó, aceptarían los partidos laica semejante solución. El socialista de derechas Fortuna, autor de la ley sobre el divorcio, confirmaba esta impresión declarando que sus amigos no se inclinarían ante la intervención de la Santa Sede en los asuntos internos italianos. Pero había que contar con el miedo a nue-

los partidos de coalición a entrar en el gabinete en calidad de ministros de Estado. «Es el único modo —decía— de obligar a estos partidos a respetar la solidaridad gubernamental». Ahora bien, los socialistas han querido desde siempre conservar cierta libertad de acción para su gobierno, y los militantes del P.S.I. (que, a diferencia de la organización social-demócrata, han seguido siendo un partido de masas) forman junto a los comunistas no sólo en las luchas sindicales, sino también en la gestión de numerosos municipios. El P.S.I. se ha encabritado y Fanfani ha tenido que renunciar a su misión.

Lo ha hecho sin el mínimo gesto de mal humor. Sabía, en efecto, que su actitud le valdría una gran popularidad dentro de todo un sector de la opinión pública. Ya tenía una reputación de «pequeño De Gaulle» (es el único político italiano que simpatizó con la política del ex presidente de la República Francesa). Y se presenta a los ojos de

